

CONVIVENCIA · COMUNIDAD DE VIDA FUENTE DE GRACIA Y GRUPOS DE ORACIÓN

Grietas que se llenan de oro

Qué rompe el pecado, cómo responde María y cómo Dios restaura nuestra vida con oro.

Enseñanza de **Paco** Convivencia, octubre de 2026 Duración aprox. **18 min**

EN UNA FRASE

> *Somos una vasija que se rompe con el pecado, pero el alfarero divino la une con hilos de oro y nuestra vida se vuelve más valiosa.*
>
> Idea central de la enseñanza

ESQUEMA

El recorrido de la enseñanza

I

Vamos a hablar del pecado

- «¡Raza de víboras!»: creados sobrenaturales, fallamos en el paraíso
- «No hago el bien que yo quiero» (san Pablo)
- Tres condiciones: conocimiento, voluntad y libertad
- El Espíritu Santo es ordenado; por eso el amor es ordenado

2

Ruptura con Dios

- Como Adán en el jardín, me escondo de Dios cuando peco
- María, la sin pecado, responde: «Hágase en mí»
- No esconderse: responder que sí a su llamada de amor

3
Ruptura con los hermanos

- «¿Soy yo el guardián de mi hermano?»: indiferencia y rivalidad
- María en Caná: «Haced lo que él os diga»
- Servicio caritativo, atención al otro y sentido comunitario

4
Ruptura conmigo mismo

- El corazón dibujado con los niños, con Dios en el centro
- Judas: una traición interior que desmorona la vida
- María conservaba todas estas cosas en su corazón

5
El salario y el perdón

- El salario del pecado es la muerte (Rom 6,23)
- Quien trabaja para el bien cobra la vida eterna
- Perdonar a Dios, a los demás y a uno mismo

6
Feliz culpa e hilos de oro

- «¡Oh feliz culpa, que mereció tal y tan grande Redentor!»
- El kintsugi: la vasija rota unida con hilos de oro
- Confesarse hoy y examinarse con Mateo 25 y 1 Corintios 13

DESARROLLO

Lo más importante, explicado

Cuando no hago el bien que quiero

Paco, que es diácono, empieza con humor: los ejercicios espirituales antes de su ordenación los dio Paco Santana, con fama de muy duro, y el obispo bromeó imaginándolo diciéndoles a todos «¡raza de víboras!». «Pues a eso vengo», dice: vamos a hablar del pecado. El Señor nos creó para ser seres sobrenaturales, nos colocó en el paraíso y fallamos: quisimos ser como él y comer del fruto prohibido.

Sigue con san Pablo: «Sé que lo bueno no habita en mí». Yo sé dónde está el bien y quiero hacerlo, pero tenemos ese conflicto interior: no hago el bien que quiero. Eso es el pecado. Como acto malo, el pecado es una herida, una ruptura, y se comete cuando se dan a la vez tres condiciones: conocimiento, voluntad y libertad.

Conozco que algo está mal hecho, quiero hacerlo y, pudiendo hacer el bien, soy libre de hacerlo o no. Cuando se juntan las tres, estoy pecando, haciendo el mal que no debería haber hecho. Y eso quiebra el orden del amor. El amor tiene un nombre, aunque no lo veamos: el Espíritu Santo, que está en Dios mismo, y Dios es amor. Si el Espíritu Santo es ordenado, el amor es ordenado.

Me escondo; María dice «hágase»

Ese orden se rompe en tres sitios, y el primero es ante Dios. Es lo que dice la Palabra del jardín: «Oí tus pasos, tuve miedo porque estaba desnudo». Me escondo de Dios cuando peco. Cuando hago lo que no quiero hacer, me estoy escondiendo de él, porque sé que me va a reclamar en mi conciencia. Y me escondo.

Frente a esa ruptura, Paco pone a la sin pecado original, a María. Cuando el Señor le dice que va a ser la madre de Jesús, ella responde: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Es como decir: no me escondo, Señor; es tu llamada de amor a mí, voy a responder que sí y voy a hacer lo que tú quieres. Nosotros tenemos que tener esa disponibilidad y esa respuesta.

¿Soy yo el guardián de mi hermano?

La segunda ruptura es con los demás, y parte de mí: cuando peco, normalmente estoy pensando más en mí que en los demás, y me coloco yo en el lugar de Dios. Es la pregunta de Génesis 4,9: «¿Soy yo el guardián de mi hermano?». Ahí hay indiferencia, desentendimiento social, rivalidad con el hermano. Me da igual lo que le pase al resto; lo importante soy yo. Rompo con Dios y rompo con la comunidad.

La respuesta de María llega en Caná, cuando tenían un problema. Son sus últimas palabras en el Evangelio; después ya no la oímos hablar más: «Haced lo que él os diga». Os doy la solución, y ya me podía callar. En esas palabras hay un impulso al servicio caritativo, una atención a la necesidad ajena y un sentido comunitario detrás de todo.

Un corazón con Dios en el centro

La tercera ruptura es conmigo mismo: se desordena mi corazón, porque Dios ya no es su centro. Paco cuenta que a sus alumnos les dibujaba un corazón grande y les pedía dividirlo según las cosas que querían: la tele, el fútbol… Después dibujaba un corazón mejor, con Dios en el centro y sin rayas que cortaran nada, para unirlo todo a él.

Cuando trabajo, canto o me muevo desde Dios, mi vida está en orden, y con Dios es siempre para él, dondequiera que me encuentre. Lo contrario es Judas: «¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?». Hay una traición interior y su vida se desmorona. María, en cambio, sabiendo que Jesús iba a sufrir y a morir, conservaba todas estas cosas en su corazón.

El salario del pecado y el perdón

El pecado es un trabajo con su paga: «El salario del pecado es la muerte» (Romanos 6,23). Quien lo trabaja cobra la muerte. Pero un versículo antes san Pablo habla de las consecuencias del bien: libres del pecado y esclavos de Dios, fructificaréis para la santidad, y el fin es la vida eterna. Quien trabaja para el bien también tiene un salario, y ese salario es la vida eterna.

Decía san Francisco que, para que el perdón llegue a nuestra vida, hay que perdonar a Dios, a los demás y a uno mismo. A Dios no porque sea culpable, que todo lo ha hecho bien y perfecto, sino porque lo hacemos culpable de lo que nos pasa: «si hubiese estado aquí», «si no se hubiese llevado a este familiar tan pronto». Las decisiones son nuestras. Y si no me perdono ni me quiero a mí mismo, no encuentro el amor comunitario.

Feliz culpa: grietas llenas de oro

En el Pregón de la Vigilia pascual hay una frase que Paco nunca quitaría: «¡Oh feliz culpa, que mereció tal y tan grande Redentor!». Nos hemos equivocado, pero qué suerte haber pecado, porque el Redentor que ha venido

es tan grande, tan maravilloso, tan Dios, que ha merecido la pena. Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia: estando muertos por nuestros pecados, Dios, rico en misericordia, nos dio vida con Cristo.

Para explicarlo usa la imagen del kintsugi. Somos una vasija que se cae al suelo y se rompe con el pecado. Viene el alfarero divino y empieza a unirla, pero no la pega de cualquier manera: la une con hilos de oro. Desde que nos restaura, nuestra vida es más valiosa; ya no es barro, y aprendemos a crecer en la gracia de Dios. «Mira, yo hago nuevas todas las cosas».

«Si llevas cuenta de las culpas, Señor, ¿quién podrá sostenerse? Pero en ti se halla el perdón». Por eso invita a aprovechar la confesión de esa tarde con don Roberto y Domingo, para que nuestras grietitas se llenen de oro puro, oro de Dios. Y propone dos textos para el examen de conciencia: Mateo 25,31-46, el juicio final, y el himno del amor de 1 Corintios 13, porque si Dios es amor y quiero parecerme a él, tengo que ser amor.

PALABRA DE DIOS

Textos que sostienen la enseñanza

Lucas 1,38

He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

Juan 2,5

Haced lo que él os diga.

Romanos 6,22-23

Ahora, liberados del pecado y hechos esclavos de Dios, dais fruto para la santidad, que conduce a la vida eterna. Porque el salario del pecado es la muerte, mientras que el don de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Romanos 5,20

Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.

Salmo 130,3-4

Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón.

1 Corintios 13,4

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe.

PARA LLEVAR A CASA

Pasos concretos

1. Dibuja tu corazón y pon a Dios en el centro, sin rayas que lo dividan.

2. Cuando caigas, no te escondas de Dios: respóndele como María, «hágase en mí».

3. Pregúntate a quién has dejado de lado y haz lo que él te diga: sirve.

4. Perdona a Dios, a los demás y a ti mismo, como enseñaba san Francisco.

5. Haz examen de conciencia con Mateo 25,31-46 y con el himno del amor de 1 Corintios 13.

6. Acércate a la confesión y deja que Dios llene tus grietas con oro.

PARA ORAR

Señor, tantas veces no hago el bien que quiero y me escondo de ti. Hoy no me escondo: hágase en mí según tu palabra. Pon tu amor en el centro de mi corazón y une mis grietas con hilos de oro. Reconozco mi falta, pero celebro infinitamente tu salvación. ¡Oh feliz culpa, que mereció tal y tan grande Redentor! Amén.

Resumen elaborado a partir de la grabación de la convivencia (04 - Paco - El pecado y el perdón.mp3).

Comunidad de Vida Fuente de Gracia · cvfuentedegracia.com